

La cantera del American Ballet exhibe su futuro en Peralada

Jóvenes promesas muestran la versatilidad de la escuela norteamericana

MARICEL CHAVARRÍA
Barcelona

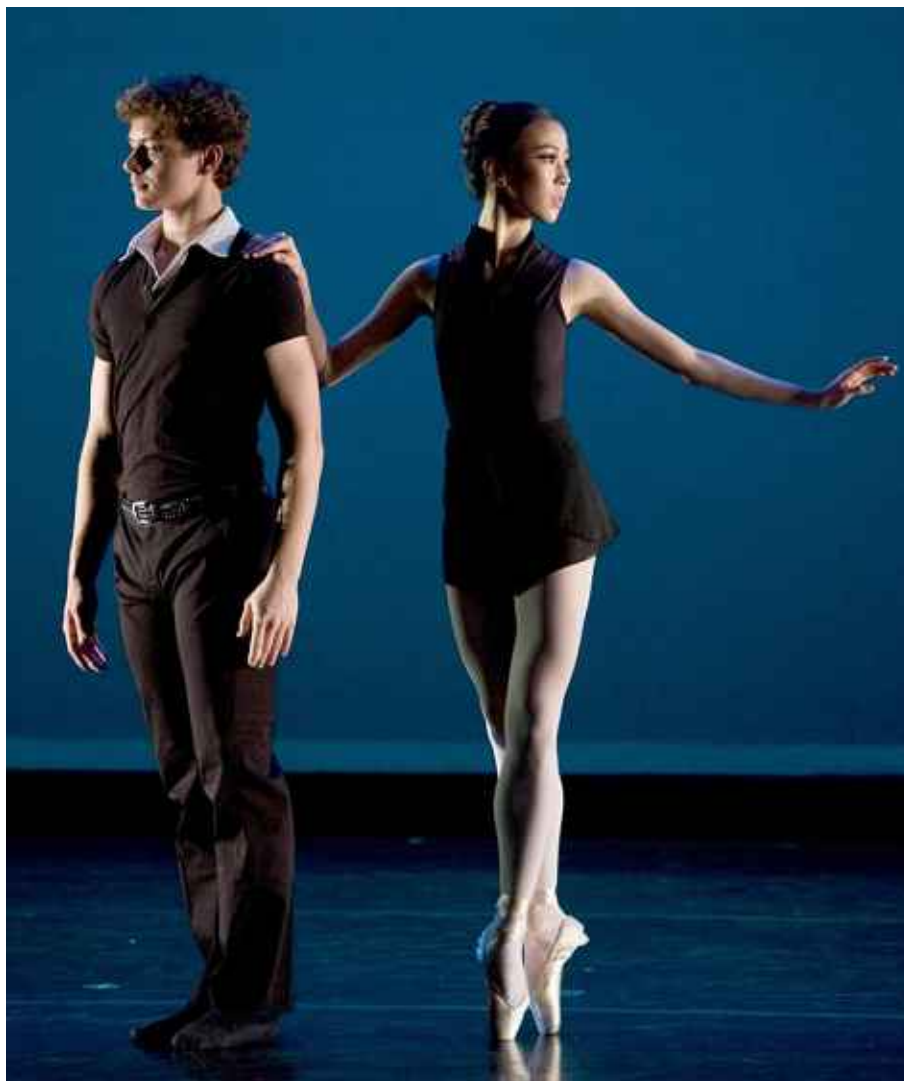
Hay marcas que conllevan niveles de calidad elevados. Así como las jóvenes promesas del Barça hacían enloquecer este fin de semana a los seguidores del club catalán en Los Ángeles –sin importarles que no jugaran todas las estrellas–, las promesas del American Ballet Theatre que forman la compañía ABT II tienen hoy su particular reto en Peralada. Son catorce jóvenes de entre 16 y 19 años, de gran potencial, seleccionados por todo el mundo y formados dentro del programa de ABT II.

Courtney Lavine, Irlan Silva, April Giangeruso, Katie Boren... quién sabe si no oiremos hablar de ellos. Vienen a bailar de todo: desde los típicos bocados del clásico –*El Corsario*, el *pas de deux* del *Don Quijote* y el del segundo acto del *Lago de los Cisnes*– a los maestros del repertorio americano (Balanchine y Jerome Robbins). Pero también una creación de Aszure Barton, la joven coreógrafa canadiense a la que Mijail Baryshnikov lanzó hace un lustro desde su Hell's Kitchen Dance, en el Baryshnikov Arts Center de Manhattan.

Las promesas del Barça triunfan en Los Ángeles mientras que las del ABT II se ponen a prueba aquí

Compañías como ABT II, que dirige el norteamericano Wes Chapman –un ex primera espada de la Metropolitan Opera House–, cumplen con una función: proporcionar oportunidades a bailarines, coreógrafos y compositores emergentes. Pero hay una pregunta que flota hoy en día en las plateas. ¿Tiene sentido asistir de nuevo a los clásicos de siempre –Petipa, Ivanov...– si no están interpretados por figuras consagradas? Obviamente, sí. Porque donde hay filosofía de talento, se crea escuela.

Y la de hoy puede ser una oportunidad no ya de disfrutar de la frescura de



ROSALIE O'CONNOR

Momento de *Barbara*, de Aszure Barton, un homenaje a la cantautora francesa

físicos aún en proceso de formación, sino de catar nuevos repuntes estilísticos de una particular escuela, que en el caso de la norteamericana promete versatilidad. Y vitalidad.

Porque cada método de ballet tiene sus objetivos. Si la escuela rusa trata ahora de deshacerse en parte del corsé que le permitía de algún modo abandonarse en escena a la pasión, la cubana insiste en rizar el rizo de la dificultad sin perder frescura. Mientras la británica exhibe una perfección que en el caso de la francesa raya a veces la frialdad.

¿Y la norteamericana? Es bien sabido

que los reyes del espectáculo no descansan. Una de las sorpresas que se llevan algunos profesores de danza al visitar las clases de la American Ballet School –centro de internos en el mismo Lincoln Center– es el sistemático infringimiento de una de las reglas de oro de la doctrina del ballet. A saber: mantener los talones sobre el suelo hasta que la amplitud del *plié* exija levantarlos. Pues bien, el American Ballet busca acortar ese recorrido que efectúa el pie de la bailarina hasta sitarse en punta. ¿Con qué fin? Ganar en velocidad.

Ya ven: todo un mundo de matices.●

Sara Baras recupera su personaje de Juana la Loca para el público de Cap Roig

M. CHAVARRÍA Barcelona

No basta con ser Juana la Loca una vez. La bailaora Sara Baras (Cádiz, 1971) rescata la primera entrega de su famosa trilogía sobre mujeres fuertes y valientes –las otras dos fueron Mariana Pineda y Carmen– para ofrecérsela hoy y mañana al público dels Festival Jardins de Cap Roig, en Calella de Palafrugell (Baix Empordà). El montaje, titulado *Juana la Loca. Vivir por amor*, sobre la apasionada historia de celos y locura de la reina que se casó con Felipe el Hermoso, encumbra a Baras en el año 2000 como la flamenca de carácter que siempre quiso ser pero su cuerpo menudo y

semblante payo parecían escatimarle.

“Ni paya ni gitana, soy flamenca”, declaraba entonces. Nueve años después, la bailaora gaditana no ahorra en esfuerzos para convertirse de nuevo en Juana I de Castilla y abordar la trágica historia de quien, enferma de amor, acabó recluida en Tordesillas los últimos 46 años de su vida. La acompaña –como entonces– en el escenario José Serrano, alias Pepín, cuyo papel de Felipe el Hermoso le llevó a convertirse en la pareja sentimental de Baras en la vida real. Y junto a ellos, 12 bailarines más para dar vida flamenca a esa tragedia que dirige Luis Olmos, fundador de la Compañía de Teatro Danza de Madrid,

y que fue el garante que escogió Baras para insuflar argumento y dramaturgia a su baile.

“Yo quería algo más que bailar, quería interpretar”, declaraba Baras a *La Vanguardia* a vueltas de este montaje. Su aproximación a esta heroína está llena de ternura, y no persigue historicismo alguno. Se trata, en fin, de hablar de emociones. Es lo que Baras llama “un retrato emocional a través de los palos del flamenco”. Y así, baila por bulerías y fandangos extremeños para mostrar la felicidad que siente ante su boda con Felipe, mientras que las peleas de pareja las acompaña de martinetes y seguiriyas. Y una vez viuda, con 27 años, embarazada y con seis hijos, se arranca el dolor con una soleá.

El gusto por la interpretación difícilmente la abandonaría desde que con *Juana la Loca* lograra una sutil fusión de danza, teatro y música. Una música de la que se encargan cuatro guitarras, percusión y violín, más un cante que corre a cargo de Miguel de la Tolea, Saúl Quirós y Saray Muñoz.●

Jordi Balló



Como Totó

Quizás en toda la historia del cine no hay un caso igual al del cómico napolitano Totó en lo que se refiere a su fortuna, o desgracia, crítica. Vapuleado en vida por el uso continuo de expresiones faciales que usaba como si fuesen máscaras, sólo tras su muerte empezó a crecer la admiración imparable hacia su forma de comprender el uso del rostro y del cuerpo, como una anticipación de cómo evolucionaría la función de la máscara en el campo de todas las actividades públicas. Ante todas las formas de simulación con que nos confrontamos cada día, el arte de Totó nos viene a recordar que todo rostro es moldeable, y que él podía pasar por todos los pecados capitales, y sus correspondientes virtudes, en fracciones de segundo.

Claro que no todos son Totó, y por eso la mentira se cuele en infinidad de gestos de gente que habla para decir lo contrario de lo que piensa, un filón expresivo al cual la serie americana *Miénteme* le saca bastante jugo, y no sólo como una fuente de investigación policial, sino cuando la misma serie lo extiende a gestos parecidos capturados en personajes públicos en momentos culminantes de su arte embaucador. Esta debilidad de no controlar el rostro, el cuerpo ni la voz en momentos problemáticos hace que algunos políticos visionarios busquen convertir su propio rostro en máscara, a lo Totó. Este es el caso de Berlusconi. Estoy seguro de que, más que querer rejuvenecer, su rostro estirado es como una protección ante sus propios excesos gestuales.

En España nuestra clase política no ha entrado aún en esta sofisticación italiana. Tomemos por ejemplo

La mentira se cuele en infinidad de gestos de gente que dice lo contrario de lo que piensa

el día en que se ha sabido la sentencia de los jueces en el caso Camps. En las noticias televisivas se ve a un Rajoy distendido, sonriente de oreja a oreja, iluminado, sin el fruncimiento de días pasados. En contraste con esta imagen apacible, aparece María Teresa Fernández de la Vega desde un fondo oscuro, más siniestra que nunca, para mostrar su aceptación y acatamiento de la resolución judicial. No hace falta ser Tim Roth, jefe del equipo de *Miénteme*, para deducir que De la Vega miente cuando dice: “No tengo ninguna duda de que los jueces valencianos no se han dejado influir por las presiones que han recibido”, porque es evidente que esta frase no la dices si no piensas lo contrario, que sí que esta presión ha influido. Y tras esta primera mentira, jugando con el bolígrafo y bajando la mirada cada vez como si leyera, a De la Vega se le trabó la lengua al nombrar al Partido P(apo)lar, lapsus que corrigió inmediatamente. No fue la única que tuvo un mal día: el portavoz socialista valenciano lanzó una diatriba indescribable sobre la resolución y acabó diciendo que lo que él decía “lo entendía todo el mundo”. Vaya, que con Totó o sin Totó, esto promete.